

# Jacques Dupin, la centella y el granero

PARÍS, 1967. ENCABEZADOS por Jacques Dupin, un grupo de escritores franceses funda la revista *L'Éphémère*. La nómina incluye, entre otros poetas centrales, a André du Bouchet y Paul Celan. La revista se convierte muy pronto en un punto de referencia de la cultura francesa, y en sus páginas se alternan, en cuidadosa concordancia, la literatura y las artes plásticas. Dupin publica poemas y numerosos escritos sobre pintura: Tàpies, Chillida, Francis Bacon y, particularmente, Joan Miró, con quien le unirá una larga amistad. A sus ochenta y cinco años recién cumplidos, Dupin es dueño de una vasta obra poética que le ha merecido importantes reconocimientos, como el Premio Nacional de Poesía otorgado en 1988. *Une apparence de soupirail* es el título del libro cuyo fragmento presentamos. Surge de la frase con la que concluye “Infancia”, en las *Iluminaciones* de Arthur Rimbaud: “Pourquoi une apparence de soupirail blêmirait-elle ou coin de la vouête?” Una frase que al compulsar sólo tres distintas traducciones ofrece el mismo número de soluciones diversas. El conflicto parece estar en ese inusitado tragaluz (*soupirail*): “una apariencia de tragaluz”, “un atisbo de tragaluz”, “algo parecido a un tragaluz” que palidece en un rincón de la bóveda bajo la cual, entendemos, se encuentra el poeta. A elegir por el lector, yo propongo una cuarta —más simple quizá— y dejo la frase como sigue: “¿Por qué algo como un tragaluz palidecería en el rincón de la bóveda?” No hay solución al misterio que propone, como tampoco tiene que haberla en estos trozos de pura energía poética, líneas de un calculado deliro con las que Dupin nos invita a participar en ese otro misterio: el de la creación misma.LC

# Algo como un tragaluz

(FRAGMENTO)

De un hilo al espacio, interminablemente. Sin disgregar el tejido de la noche abierta. Sin interrumpir *sus* gritos concertantes.

Sueño de la siesta: un lento éxodo de nubes bajo el tejado. Y el instinto de conservación, mis dedos crispados en una cuerda.

Vacilante, descubierto... Como si ya no hubiera necesidad de un nombre para estar perdido. Escucha la luz pacientemente reunírsele. La luz, pacientemente, le absuelve.

Tú, inmóvil en el puente de hierro. Mirando otro relato. Mirando con mis ojos. *Inmóvil*. Mirando el tiempo inmóvil.

Me crucé por la calle con la risa de un ciego. Las nubes, los acantilados, el mar: *apretados* contra *su* pecho. La música comienza en las ventanas...

...Y retrocediendo sobre el tablero infantil. La ausencia de sujeto rasga el sueño de todos. Perder terreno. Cazar un pájaro en vuelo.

Un rayo de luz bajo la puerta y ese largo, posesivo dolo reptiliano afila su lengua. A través de la puerta, ante la elevación de la noche... Un trapeador saturado de agua sobre las rosas del mosaico. Y el pico de la carbonera contra el vidrio. Cuando el pensamiento del doble compensa la debilidad del brazo.

Tus acompañantes... Sus vestidos manchados de sangre. Todas van más lejos... Que la flecha del vacío en nosotros. Tú te asombras de su indiferencia.

El agua sin apoyo. El relato interrumpido. Las flores silvestres, como un reino.

Decir nada, callar nada. Escribirlo. Caer. Como el meteoro. Estar solo para olvidar cómo se rasga la noche...



De la serie *Hojitas* (2011). Acrílico: Martha Delgado Ponce.



De la serie *Hojitas* (2011). Acrílico: Martha Delgado Ponce.

En la habitación contigua, musical... Los colores refrescan. Tus puños giran. Sin dispersar la fuerza que nos separa.

Relato del viajero. O de la gaviota. Edificar el templo. Anular el mar...

Del que sólo subsiste el movimiento de las olas, la superposición de las terrazas... y el parpadeo de las estrellas contra el cielo.

Escribir como si yo no hubiera nacido. Las palabras anteriores: arrasadas, descarnadas, aspiradas por el abismo. Escribir *sin las palabras*, como si yo naciera.

Entro en tu prisión para que baile la belladona. Exprimo todo el veneno en mis ojos abiertos. Para tu distracción, tu profundidad...

El sonido del agua, más bajo, arrastra los claros escombros...

Inmóvil, una pareja de aves rapaces en mitad del cielo. Yo duermo. Estoy vivo. Lista para abatirse desde la mitad del cielo, o desde un extremo. Sin nubes, sin levantar el corazón.

Ladera norte. Eco de la falla. Rotación de la sombra hasta nuestras rodillas. La tórtola devuelta...

Tus labores de costura: una aguja hacia el norte, una aguja hacia el sur, una aguja hacia el corazón... Una aguja más fina penetrando la aguja: dolor perforado con luz, claridad desnuda.

Registros de luz, dedos abiertos, ladrillos repintados: antes de morir. Antes de alcanzar el nudo de madera de la muerte imposible. Huevo o meteorito en la arena, en la voz...

Libro desgarrado, despojo abierto. Fuente afilada en el interior de la sangre. Y en la arena, donde se pierde el agua de tu lengua, el largo trabajo, la interminable jornada del sol...

Nubes rápidas han desalojado la centella del granero. Estaba perdida. Yo su fuerza, su señal de reunión.

Volviendo la espalda, irse en la mañana fría. Una pañoleta de seda clara sujeta los cabellos oscuros. Irse... Con el paso falso que despeja el cielo...

O atarse al pedúnculo de la amapola. Como, de manera inversa, el abismo... Tres, dos. Sobre la misma cara del dado. El dado que se arroja. Siete veces. El dado que vuelve...

Encajo una cuña de hierro entre tus hombros, roca abrupta, dolor mercenario. Los almendros se cubren de flores...

Ahora hablo sin megáfono. Sin barranco en el pecho. Sin mordaza en el corazón. Hablo como respiro. Respiro como una piedra.

Bajo la escama yo era, para ella, el ojo inmenso y azul de un camaleón prehistórico. La lucidez que precede a la inmersión.

En el borde. Sin los matices y las desgarraduras del borde. En la luz que emana del borde. La extensión herida ante nosotros.

Dibujar una escritura desaparecida. Garabato vuelto luz por un hilo. Enunciado musical por su quebradura. Iteración de lo otro con sí, instruyendo su desaparición.



De la serie *Pastos 1a* (2011). Acrílico: Martha Delgado Ponce.

El vacío y el agua. El espesor del río atenazando lo que me resta de vida. Uno y otro, al infinito, destruyéndose. Un adelgazamiento de señuelos concéntricos en torno a la humedad de un rayo.

A través del rombo de un cielo nocturno recortado en el techo. Yo sueño como una pluma. La larga decepción de un cuchillo fija el suelo.

La arcilla agrietada, la pus, los sobresaltos, los ojos reventados, la sangre podrida, el terror, de donde salen unos cuantos destellos de calor...

Una seta por encima del vacío.  
Escritura escalonada más allá del  
corazón congelado... La tierra  
despelleja la voz.

Otra, presente en tu perfil.  
Soberana en el filo de una lámi-  
na. Sólo durante breves acordes  
inhumanos abrazo su separación.

Sin nosotros, el deslumbramiento  
vale lo negro. Congela tu danza y  
mi cántico. Tú, lo negro.

No estoy totalmente de regreso.  
Con ese gesto infinito del brazo  
que reanima, lejos de tu miedo,  
el aliento y el azul de un cuchillo.



De la serie *Pastos Ib* (2011). Acrílico: Martha Delgado Ponce.

En la ciudad. Una ciudad. Otra. Clara. Enlazada con la bruma, con el mar.  
Tomarla, recomenzarla. Destruirla.  
Comenzar. Tú serás la primera en venir. Yo seré el muerto más alto.  
Ciudad temblorosa, legendaria...

JORGE ESQUINCA. Estudió la carrera de Ciencias de la Comunicación. Ha trabajado como editor, traductor, articulista y promotor cultural. Tiene publicados, entre otros, los siguientes libros de poesía: *Alianza de los reinos* (1988), *Paloma de otros diluvios* (1990), *El cardo en la voz* (1991) —con el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes—, *Isla de las manos reunidas* (1997), *Uccello* (2005). Ha traducido libros de Pierre Reverdy, W. S. Merwin (su versión de *La rosa náutica* mereció el Premio Nacional de Traducción de Poesía); Henri Michaux, André du Bouchet, Alain Borer y Maurice de Guérin. Ha obtenido becas del Ministerio de Cultura de Francia. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.